

SIN duda, pocos supusieron en 1974, próximo ya el fin del régimen de Franco, que aquel joven abogado laboralista sevillano, Felipe González Márquez, que accedía por elección en Suresnes (Francia), desde la clandestinidad española, a la Secretaría del PSOE, sería exactamente ocho años después el primer presidente socialista de un Gobierno español. Después de un paréntesis de clandestinidad de treinta y siete años y tres de lucha abierta en los frentes, el PSOE inaugura, de la mano de «Isidoro» —nombre que sintetiza la lucha oculta de «Felipe» contra Franco—, una etapa que él mismo ha definido, sin mayores precisiones de concreción realista, como de «cambio». De Sevilla (Heliópolis) a Madrid (Moncloa), pasando por Suresnes (Francia): tal es la trayectoria vital, política y humana de Felipe González Márquez, cubierta en cuarenta años.

Felipe González Márquez nació en el barrio sevillano de Heliópolis el 5 de marzo de 1942, hijo de un frustrado emigrante —Felipe González— que, de paso para América en 1929, cortó su ruta de aquel exilio laboral para afincarse en Palma del Río, donde contrajo matrimonio con Juana Márquez, onubense. Felipe González padre, montañés, era un experto criador de ganado vacuno, y en la explotación de un negocio de esta clase transmitió a su hijo Felipe su pericia, que posteriormente éste explotaría como experiencia social. El ganadero se libró de la guerra civil gracias a la viuda del Algabeño, torero que mandaba una unidad de Queipo de Llano.

Felipe hijo ingresó como alumno del colegio de los claretianos, donde se comportó como niño normal y estudiante medio, hasta que surgió la primera dificultad de adaptación: a los quince años los profesores no le dejaban tener novia y cambió el colegio por el Instituto. En 1956 aprovechó para sus primeras experiencias de lector «avanzado» el insomnio que le producía una dolencia asmática: leía a Van der Meersch y Thomas Mann. Al no lograr el aprobado en el preuniversitario, repite curso y se cambia a Letras. En aquellos años surge su primer amor en Palma del Río: Concha Romero, que influye mucho en su vida, pero que no cuaja en matrimonio. Años después lo contraería con Carmen Romero —sin parentesco con la anterior—, que le ha dado tres hijos, y con la que ha compartido la lucha sindical y política en la misma área ideológica, y que, por cierto, ante la perspectiva de su acceso a la Moncloa, ha declarado en ocasiones que no se ve como primera dama y que irán «prácticamente con lo puesto, como queremos salir».

En 1960 nace la crisis religiosa, que primero intenta el joven saldar con una intensa práctica, y por fin resuelve en el agnosticismo respetuoso con la religión. Lo cual no obsta para que intervenga activamente en el movimiento de las JOC. Con el aire de aquellos años —certera o erróneamente— le vio dieciséis después Enrique Tierno en su primer contacto con motivo de la institución de la llamada «Platajunta» —a cuya integración del PSOE se opuso Felipe González para mantener la independencia del partido—, y unido con él que sería su inseparable, Alfonso Guerra: «Juntos o por separado, me daban la



De «Isidoro» a presidente del Gobierno

idea de colegiales... que, pese a su mucho talento, salían de su casa todas las mañanas, mirando con recelo, después de haberse despedido de sus padres, con los cromos firmemente asidos en la mano, dispuestos a cambiarlos ventajosamente con la banda rival, antes de convertirse en indios sioux o corsarios.» Sentimiento ahondado por él mismo al comprobar «cómo sin perder el don de la conciencia lúdica de la infancia, intervenían sobresaliendo del nivel medio del Parlamento».

Universitario «tránsfuga» de Filosofía y Letras a Derecho, concibe su trayectoria de contestación política previos sus contactos con un viejo político cedista y catedrático que en aquellos tiempos mantenía en la Universidad la oposición juvenil al régimen de Franco: Manuel Giménez Fernández. En 1963 contri-

buyó a liquidar el SEU en Sevilla, y por fin cristaliza su opción política en el socialismo durante su permanencia en curso completo en la Universidad Católica de Lovaina. Pasa después rutinariamente la etapa de estudiante en filas con la Milicia Universitaria, alcanzando la estrella de alférez tras las prácticas reglamentarias en Cáceres.

El año 1968 es el decisivo de la lucha política, iniciada en el despacho de abogado laboralista y traspasada sin ese disfraz, pero sí con el del «apodo» de guerra «Isidoro», en 1969 como representante del Interior del socialismo exiliado en Francia, en cuya calidad comenzó sus contactos en aquel país. Poco después contrajo matrimonio.

A partir de esa fecha, la vida política de Felipe González transcurre vertiginosamente, sobre todo desde el Congreso de Toulouse (1970); en 1971 sufre su primera detención; en 1972 termina su pugna con Llopiés por el control del partido, con la derrota de éste, que no asiste al Congreso de aquel año, y en el que con asistencia de un miembro de la Internacional Felipe González es designado para integrar la Ejecutiva con Múgica, Redondo, Castellanos, Galeote, Guerra, Jimeno, Carmen García Bloise y Fernández Gutiérrez, Ejecutiva cuya misión puede concretarse en el convencimiento a la Internacional de que la representación socialista española radicaba en ella.

Octubre de 1974 es ya el inicio de una nueva era: el Congreso de Suresnes, donde accede a la Secretaría General con la oposición inicial de Múgica y Castellanos, a la que ambos renuncian luego, si bien manteniendo éste, «in saecula», la postura crítica. En aquel mismo mes fue detenido y puesto a disposición judicial; quedó inmediatamente en libertad.

En 1975 se trasladó a vivir a Madrid; aún no había muerto Franco. Desde entonces, su biografía es ya conocida. Se ha desarrollado a la luz del día, en el Parlamento a través de dos legislaturas, en las que podría señalarse, como punto cumbre, la moción de censura a Adolfo Suárez, que no prosperó. La revista «Blanco y Negro» le designó dos años consecutivos el mejor y más conocido político del año, por consulta popular, seguido a un punto de distancia por Manuel Fraga, su principal contrincante en la reciente confrontación electoral.

La misma revista trazó esta semblanza del nuevo presidente del Gobierno, Felipe González Márquez:

Rasgos físicos: Mirada penetrante, labios prominentes, especial gracejo en el hablar; muy atractivo, aunque algo tosco.

Carácter: Equilibrado y a la vez vehementemente.

Principal virtud: Su gran intuición para reaccionar en cada momento de la forma más conveniente.

Principal defecto: Su exceso de confianza en las personas que le rodean.

Definición ideológica: Socialista democrático de raíz marxista. (Su marxismo y el del PSOE han sido uno de los puntos clave de esta definición en trance, al menos externo, de autorrevisión.)

Colaborador del que no prescindiría nunca: Alfonso Guerra.

Vocaciones frustradas: Agricultura y enseñanza.